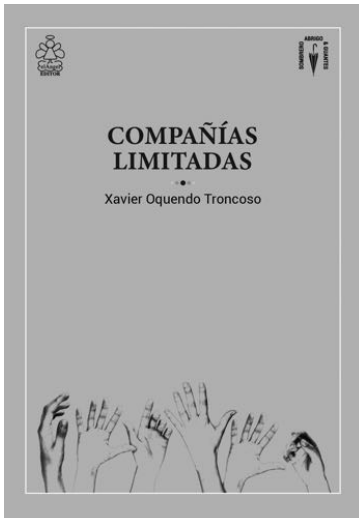


Compañías limitadas



La poeta norteamericana Luis Glück dijo alguna vez que el alma de los hombres es como un diamante: no hay nada en el mundo que pueda cambiarla. Pero acá, en este país de montañas y nieblas, en estos inviernos siempre a destiempo, estamos más cerquita de pensar que el alma, si existe alguna, es algo así como una nube. Al menos el alma del poeta. Al menos el alma de este poeta. Desde que conozco a Xavier, que es casi el mismo tiempo en que se forjó este libro, supe que era un re-

colector, uno que nació para serlo y aunque quisiera que la vida pasara por él discreta e inofensiva, sabe que cada día es una guadaña afilada que sega el trigo de la indiferencia. Xavier, por suerte, jamás será inmovible. Nada pasa inocente y nada pasa sin activar la alarma poética que hace vibrar los cristales de su creatividad. Insisto: dentro del poeta está una nube que se ensancha con los vapores del recuerdo, con los humos de los cuerpos que se aman y que arden en el desamor, con las aguas heredadas por los padres y por lo abuelos que adopta día a día en sus lecturas, una nube que se carga con los ríos de soledad donde las piedras de las compañías yacen hundidas y silenciosas. Una nube que tantas noches y jornadas no tiene más alimento que el fatigoso y tibio vapor del poema. Es imposible que este libro no nos deslumbré. No solo porque está compuesto de metáforas e imágenes llenas de astucia y de afilado humor y de llameante afecto por nuestro idioma; sino también porque es una aproximación íntima,

un develamiento de los hallazgos, los encuentros, las pérdidas y las despedidas que han hecho la vida de Xavier estos últimos años y que han fundado un mapa diverso de experiencias que aquellos que hemos podido compartir con él podríamos repasar, una a una. Pero sobre todo, han formado una poética nueva, una expresión lírica en la que Xavier Oquendo, como escritor, se ha redescubierto, se ha enfrentado a nuevos retos lingüísticos y ha ampliado las fronteras de su estilo, cuidando y puliendo la destreza y la paciencia, propias de la madurez que posee para este oficio. Quien conoce la poesía de Xavier podrá corroborarlo.

Es verdad que las compañías tienen muchos rostros y que de ellos se ha alimentado la nube interna del poeta hasta llover en este libro que puede ser una suerte de compendio o de inventario; pero además, estos poemas son una forma de advertencia ante las compañías que siempre son una experiencia inclemente, de dureza. En esta poesía, como en la vida, las compañías cobran caro: el encuentro con ellas nos hace bajar la guardia y nos vuelve vulnerables, nos deja

sin coraza, sin escudos de frío, sin balas de indiferencia. Mejor sería pedir que no lleguen, que no vengan a darnos la esperanza de la felicidad porque luego será más fácil para la soledad darnos el golpe definitivo.

Xavier explora con maestría el terreno de los poemas extensos y hace textos que son como cantos rituales, como oraciones que no quieren terminarse, como largas despedidas que buscan dilatar las compañías, prolongar ese instante en el que la soledad y la orfandad no suceden todavía porque seguimos diciendo adiós. Solo el lenguaje le permite tirar lo más que se pueda del hilo del recuerdo, del amor, de los optimismos, buscando sacar hasta lo último, lo más profundo, de todos los encuentros. Eso logra este libro: permanecer en diálogo con las compañías el tiempo que el corazón resista, porque quizás, como dijo alguna vez el poeta, la vida está donde suceden las conversaciones.

Ahora, mientras trato de escribir algo que sea lo suficientemente sensato como para no apagar el brillo propio de este libro, siento

golpear en las ventanas de mi casa una feroz lluvia. Vuelvo a pensar en el alma del poeta precipitándose y dejándonos más vulnerables, más débiles, como dice este libro: más en espera de una sombra que tape nuestra sombra, más en necesidad de una noche que sea como las noches de antes. Pienso en los afectos que he visto llegar y que he visto partir en la vida de Xavier y los reconozco en

estos poemas. Y siento que algo dentro cruje como un armario sin bisagras. Y ya no puedo más que sentirme, como diría Marco Antonio Campos, cómplice involuntario de todos los que hallan su espacio, su morada pequeñita en estas compañías cotidianas. Y cuando abro este libro, tengo la certeza de que no estoy solo.

Juan Suárez